

UNO

Dicen que hay momentos clave en la vida de una persona, y el día de mi boda, sin duda, fue uno que no olvidaré jamás... aunque, de niña, cuando fabulaba con mi ceremonia envuelta en sábanas blancas, jamás imaginé que mi primera noche como casada acabaría en un trío con el padrino.

Si he de ser sincera, la mía no fue exactamente una boda convencional. Mi amigo Mark y yo dimos el sí con el único fin de que yo pudiera permanecer en el Reino Unido. Era una periodista estadounidense de veintiocho años afincada en Londres y, pese a que escribía una columna en *The Independent* acerca de mi vida amorosa titulada «Más sexo y menos Nueva York», mi empleo no me garantizaba un permiso de trabajo.

Y aunque adoro a Mark como amigo y le estaba inmensamente agradecida por el sacrificio que hacía por mí, debo confesar que, en aquel entonces, yo era un desastre emocional. Antes de la ceremonia casi había saltado por la ventana y, aunque no paraba de repetirme que aquello no era más que una formalidad, no pude evitar sentir una profunda tristeza cuando el párroco nos leyó los votos. Mientras sonreía y tomaba de la mano a mi esposo, Mark, no podía dejar de pensar en mi nue-

vo novio, Paul (JP para los amigos), y en el tórrido encuentro sexual que habíamos tenido esa misma mañana. Nunca he leído nada sobre eso en ninguna revista para novias.

De puertas afuera, todo aquel día parecía de lo más tradicional: yo iba vestida de blanco, pese a que entre los invitados se encontraban algunos de mis ex amantes, y nadie se burló de mí por ruborizarme.

Además, si se me permite el atrevimiento, lucía un aspecto candoroso y encantador, enfundada en aquel vestido con escote palabra de honor y estilo ochentero de un blanco immaculado que había pescado en una boutique de King's Road. Sin embargo, al tropezar con mi imagen en el espejo del pasillo de las oficinas del vicario, con mi metro setenta y cinco de altura, no pude evitar pensar que parecía una novia de cerámica en miniatura como las que decoran los pasteles de bodas, lo cual quizá no encajaba del todo con la estética que había intentado conseguir.

Mark y yo logramos digerir el trago de los votos con unas cuantas copas de champán. Puesto que aquel día estaba más dominado por el pavor que por la euforia, ambos nos sentimos completamente legitimados para emborracharnos después. De modo que, al emerger al aire puro y despedirnos de algunos de nuestros invitados, los más allegados, incluido Mark, su macizo compañero de piso sudafricano, un arquitecto llamado Russell, y mis dos mejores amigas, Amy y Victoria, junto con el prometido de la última, Mike, nos metimos en un taxi y pusimos rumbo a Notting Hill.

Las cosas empezaron a ir de mal en peor en el pseudobanquete que habíamos organizado en el restaurante E&O. Bajo su fachada de banquero puritano, Mark

oculta a un auténtico fiestero y desviado sexual, uno de los múltiples motivos por los que lo adoro.

No sé de dónde lo había sacado, pero Mark se había tomado un éxtasis y, al no ser precisamente un experto en consumo de drogas, para cuando nos sentamos a la mesa, andaba ya «acariciando» el vestido de terciopelo de Amy.

—Quizá deberíamos dar la fiesta por terminada y largarnos a casa —les susurré a Amy y Victoria, que estaban sentadas a mi derecha, la una al lado de la otra.

Empezaba a sentirme angustiada y, aunque sabía que era algo totalmente psicológico, atrapada. Soy la clase de persona que evita facilitar el número de tarjeta de crédito para hacer una reserva en un restaurante... ¡y acababa de casarme! Estaba segura de que Mark se sentía exactamente igual que yo y que se estaría preguntando cómo diablos se había podido meter en semejante embolado.

—Querida, es el día de tu boda, ¡no nos vamos a ningún sitio! —atajó Victoria y, luego, bajando la voz, añadió—: Además, tenemos que sacar algunas fotografías convincentes para inmigración, ¿no crees? De modo que ya estás yendo junto a Mark, achuchándote contra él y sonriendo... ¡Venga!

Me apretujé contra Mark y empecé a sudar. Me sentía incómoda porque había roto mi regla de oro de no beber champán cuando llevo ropa ajustada (el forro del vestido prácticamente me estaba cortando la circulación).

—Te quiero, guapísima —susurró Mark.

—Ya lo sé, cariño —contesté.

—Lo digo en serio: te adoro. —Me miró con las pupilas como platos y me acarició el brazo—. ¡Tienes una piel tan suave!

Alcé los ojos al cielo y le di un abrazo.

—Yo también te quiero —confesé—. Eres el mejor. Gracias. Lo digo de verdad, desde lo más profundo de mi corazón.

En cierto sentido, me conmovía que Mark se hubiera ofrecido voluntario para casarse conmigo, aunque aquello no fuera exactamente lo que yo había imaginado cuando soñaba que mi futuro esposo también sería mi mejor amigo. Nos conocíamos desde hacía tanto tiempo que sabía que nada podía enturbiar nuestra amistad. Éramos espíritus modernos.

Todo el mundo brindó por la feliz pareja y, cuando el champán se acabó, empezamos con los martinis con sabor a pera. Sé que se trataba de una farsa de boda, pero, pese a ello, todo tenía un punto decepcionante. Quizá no habría tenido que sorprenderme. Mis cumpleaños más «decisivos» habían sido un tanto frustrantes: pasé toda la noche de mi vigesimoprimer aniversario en un bar de Nueva York pimplándome chupitos de tequila y charlando con un tipo con barba antes de que mi compañera de piso, Erin, y yo cayéramos en la cuenta de que estábamos en un bar de lesbianas y de que el nombre del «tipo» aquel era en realidad Glenda. Luego vomité en los lavabos.

Las celebraciones de Fin de Año tampoco es que fueran memorables; desde que mi padre nos abandonó en esa fecha señalada, a mis trece años de edad, parece que pesa sobre mí la maldición de no poder divertirme ese día.

—¡Eh! —Mark me dio un suave codazo en las costillas y me señaló a la camarera, una rubia menuda despampanante—. Está muy bien armada. Y no para de venir aquí. ¿Crees que el hecho de que «hoy me haya casado con otra» la desalentará?

—Mark, no deja de venir porque nos está sirviendo la comida. ¿Ves la bandeja de canapés que lleva en la mano?

—Y bien, tío, ¿cómo sienta esto de estar casado? —le preguntó Russell a Mark—. ¡Cuéntanos!

—Ostras, estaba cagado de miedo —confesó Mark, que ahora arrastraba las palabras—. Me alegro mucho de haber sido capaz de hacerlo sin asesinar a Cat ni mearme encima.

La camarera guapa depositó la bebida de Mark frente a él y se alejó a toda prisa, horrorizada.

—¡Qué romántico! —exclamé en tono sarcástico, sonriendo muy a mi pesar—. Apuesto a que mucha gente se siente así cuando se dirige al altar. ¡Lo que ocurre es que nosotros somos los únicos lo bastante valientes como para admitirlo!

Me vibró el móvil en el regazo y lo saqué a toda prisa de debajo de la mesa para descubrir el último mensaje de texto de JP, que no tenía ni pajolera idea de todo aquel fiasco de boda. Él creía que estaba almorzando con mis amigas. Esa misma mañana, cuando había conseguido salir de su cama, me las había ingeniado para que colara la mentira. «¿Dormimos juntos esta noche, preciosa? Xxx, JP», había escrito.

Por una fracción de segundo me sentí completamente desconsolada al asimilar todo aquel número de circo que estaba protagonizando. Algún día pretendía casarme de verdad. ¿Cómo iba a contarle a mi nuevo novio que acababa de dar el sí? ¿Lo entendería si le explicaba mis razones para hacerlo?

Decir que JP es recto como una flecha es quedarse corta. Es un tío tan íntegro que asistió a la escuela médica para entender mejor la tecnología que vende a través

de su empresa por internet. Cada sábado, visita a su abuelo en la residencia donde está internado y conduce un Ford Escort. ¡Que Dios me ampare! No estaba segura de que, con un «Relájate, cariño, simplemente estoy cometiendo un fraude con inmigración, no me he casado por amor», me fuera a salir de rositas.

Me pusiera como me pusiera, no iba a dar la imagen de persona más honesta del mundo. ¿Querría seguir saliendo conmigo? Noté un retortijón en la barriga, y esta vez no estaba provocado por la ingesta de martinis.

—¿Te encuentras bien? —Victoria me rellenó la copa y me retocó el peinado—. Pareces triste.

—Me preocupa lo que pueda opinar JP —le confesé—. He resuelto ser sincera y contarle la verdad esta noche.

—Cariño, sé que eres una ardua defensora de la verdad, pero ¿estás segura de que es buena idea contárselo hoy? Estás muy sensible.

Sabía que Victoria no ve mal alguno en guardar secretos, básicamente porque considera que los hombres y las mujeres son especies distintas que juegan con reglas distintas. Convencida de ser fabulosa y una de las personas más valientes que conozco, tuve química con ella al instante, desde el día en que nos conocimos en la peluquería. Cuando me oyó llorar por mi ex novio, Patrick, y decirle a mi peluquero que cogiera las tijeras y me dejara el pelo corto, se acercó a mi silla con la toalla enrollada a la cabeza y dijo:

—Tienes un pelo fantástico, y hay que dejar transcurrir al menos siete días antes de que una mujer se corte el pelo tras una ruptura, más o menos el mismo tiempo que se tarda en comprar un arma en Estados Unidos.

Sigo estando en deuda con ella por devolverme a la realidad, porque mi pelo natural es ondulado, y lo único peor que el hecho de que a una la dejen es arrojar al patio de los solteros con aspecto de Rod Stewart.

—Soy de Georgia —le dije, con una sonrisa forzada—. Allí te venden una pistola en diez minutos. Para lo único que hay que esperar siete días es para abortar.

Victoria y yo nos queremos mucho y nos complementamos perfectamente la una a la otra: cuando yo justifico el mal comportamiento masculino, ella consigue devolverme al mundo real. Y a mí me gusta pensar que la asesoro para que vea la cara buena de las personas.

«Las mujeres —me repite constantemente— deben rodearse siempre de un halo de misterio», una lección que ha aprendido de su madre, una francesa glamurosa hasta decir basta. Sin duda alguna, a ella le ha funcionado, porque está felizmente comprometida con Mike, pero yo tengo que ser fiel a mí misma. Y, además, padezco incontinencia verbal, y era consciente de que, cuando quedara por la noche con mi novio, le soltaría toda la espantosa verdad.

—Si vamos a mantener una relación honesta, tengo que contarle la verdad, pase lo que pase. Imagina lo mal que se sentiría si se enterara dentro de unos meses. ¡No sería capaz de soportar el sentimiento de culpa!

Mientras que Mark andaba en busca de nuestra camarera, Amy, que había escuchado sin querer nuestra conversación, se nos acercó sigilosamente.

—Escucha, Cat, no es mi intención darte lecciones el día de tu boda, pero, si tenías previsto contárselo, probablemente podías haberlo hecho antes de hoy. ¿Nunca has oído el dicho de que es más fácil pedir permiso que pedir perdón?

Típico de Amy. A diferencia de Victoria, ella es todo escrúpulos. Su naturaleza dulce y virtuosa encaja que ni pintada con sus proporciones perfectas de muñequita rubia a lo Barbie. Solté una carcajada.

—Mi madre solía decirme lo mismo en el instituto, cuando me pillaba escapándome por la ventana al anochecer.

—A eso me refiero exactamente.

—Pero, si le hubiera hecho caso, me habría perdido las mejores fiestas —continué—. Además, sinceramente, no considero que tuviera que pedir permiso para esto. —Espero que sonara más convincente de lo que a mí me parecía—. Yo lo amo y quiero hacerlo feliz. Lo que ocurre es que me encuentro en una situación peliaguda.

De repente sentí unas ganas terribles de ver a JP. Quería que me abrazara y me dijera que todo iba a salir bien. Ya me las ingeniaría para granjearme su comprensión. Le envié un mensaje al móvil, citándolo en la otra punta de la ciudad.

—De acuerdo, pues buena suerte, cariño —me deseó Amy al tiempo que me daba un abrazo.

Me despedí del resto de la mesa. Súbitamente, las ansias por ver a JP se apoderaron de mí, de modo que, para ahorrar tiempo, le di a Victoria mi parte para pagar el banquete y le pedí que se encargara de todo. Me respondió poniéndome un cóctel rosa en las manos.

—Aquí tienes —dijo—. Para el camino. Tengo el presentimiento de que vas a necesitarlo.

Se me llenaron los ojos de lágrimas al pensar en los calendarios que, cuando íbamos a la escuela, mis amigas y yo habíamos previsto para nuestras vidas: consagrada profesionalmente a los veinticinco, casada a los

veintiocho, con hijos a los treinta... Evidentemente, sé que la vida de todo el mundo no sigue un patrón lineal perfecto; de hecho, con excesiva frecuencia es una especie de maraña que tarda años en desenredarse. La mía, sin duda alguna, se contaba entre las de la segunda clase, que, por otro lado, siempre había considerado más interesantes. Pero, después de todas las emociones vividas desde mi llegada a Londres, de repente sentí la necesidad imperiosa de vivir una vida un poco más sencilla.

Tenía que enjugarme las lágrimas: un rápido vistazo a mi perfil en el dorso de la cuchara que había en la mesa me había revelado que corría el riesgo de convertirme en una especie de Courtney Love después de correrse una juerga.

La cabeza me daba vueltas. De camino al lavabo, pasé dando tumbos junto a la barra y me abalancé sobre un grupo de hombres vestidos con trajes caros. Arrojé la bebida que sostenía en la mano por encima del que estaba más cerca, cuya corbata de color crema no tardó en volverse carmesí.

—Ostras, lo siento muchísimo —me disculpé, mientras le secaba la corbata con una servilleta, cosa que sólo consiguió que se asemejara aún más a una víctima de un acuchillamiento—. Te he destrozado la corbata.

—No te preocupes. Más se perdió en Cuba —dijo él, estallando en carcajadas mientras repasaba mi festivo vestido blanco—. ¡Por cierto, enhorabuena!

—Ah, esto..., gracias —balbuceé.

Míster Corbata Crema me trajo una copa de champán, que tuve la deferencia de aceptar. Empezó a darme conversación y no me vi con ánimo para explicarle que sólo se trataba de un matrimonio de conveniencia y

que, técnicamente, estaba a punto de cometer adulterio. ¿Por qué arruinar las ilusiones de los demás?

Me bebí el champán lo más rápidamente que pude y, tras una breve incursión en el servicio para retocarme el maquillaje, estaba en la puerta respirando aire fresco. Me sentí aliviada de salir de allí y olvidar todo aquel montaje. Entonces recordé que yo era precisamente la protagonista del espectáculo, y el corazón se me encogió al pensar en lo que iba a explicarle a JP.

Ahora que me había casado, había llegado el momento de preguntarle a mi novio si íbamos en serio.